



Capítulo 65

El marqués Filboid sintió por un momento que no podía respirar, abrumado por el aura escalofriante que emanaba del hombre bestia que tenía delante.

Pero solo por un momento.

Rápidamente metió la mano en su capa, sacó un artefacto y giró el cuerpo.

Sin embargo...

«Yo...»

iPum!

Al instante siguiente, el marqués Filboid se dio cuenta de que su cuerpo se había desplomado y puso una expresión de desconcierto.

Tan pronto como sintió la extraña sensación que provenía de abajo, bajó la mirada.

El marqués Filboid podía verlo claramente.

Sus piernas estaban grotescamente retorcidas.

«¡Aaaargh!».



Tan pronto como confirmó lo que veía, un dolor insopportable lo invadió y gritó de agonía.

«!?»

«¡¿Qué está pasando aquí?!»

Los mercenarios que estaban fuera de la sala de juego entraron corriendo cuando se abrió la puerta.

¡Zap!

Cuando el hombre bestia liberó una descarga eléctrica y desapareció en un instante,

«Ah, ahh~».

Los mercenarios, que momentos antes habían irrumpido en la sala de juego, ya se habían convertido en meros montones de carne.

Y entonces...

«Ah~ Esto es tan molesto... Intentaba manejar esto discretamente, pero se ha convertido en un verdadero fastidio».

La mujer bestia, que había matado a todos los mercenarios cercanos en un instante, se limpió la sangre roja salpicada en su cabello dorado con una expresión de descontento mientras miraba al marqués Filboid.



A pesar de que decenas de vidas habían sido arrebatadas en un abrir y cerrar de ojos, la mujer bestia, como si fuera algo cotidiano, mostraba una expresión inocente.

El marqués Filboid sintió cómo un miedo instintivo se apoderaba de él y comenzó a suplicar con voz temblorosa.

«P-por favor, perdóname».

El hombre bestia, que lo había estado observando en silencio, dejó escapar un murmullo y habló.

«¿Quieres vivir?».

Al ver un rayo de esperanza, el marqués Filboid se aferró desesperadamente a ese salvavidas.

«¡P-por favor... Soy un marqués del Reino de Asterial! Si me perdonas la vida, te prometo una recompensa sustancial...».

Una lucha desesperada por sobrevivir.

Sin embargo, el hombre bestia simplemente se sentó frente a él con expresión curiosa y lo miró fijamente a la cara antes de preguntar:

«Entonces, ¿por qué dijiste eso?».

«¿Qué?».



«Si querías vivir, ¿por qué dijiste eso?».

«...?»

El marqués Filboid, con el rostro lleno de confusión, no entendía nada.

«¿Por qué me dijiste que matara a mi maestro...?»

«... Ah».

Al oír esas palabras, se dio cuenta.

Quién era el «amo» de este hombre bestia de ojos dorados.

«¿Podría ser... el conde Palatio...?»

«Sí, señor... No, en realidad, ¿mi esposo? Estamos a punto de casarnos».

El hombre bestia asintió con una sonrisa, dejando al marqués Filboid estupefacto.

Desde su perspectiva, nada de esto tenía sentido.

Que un hombre bestia que acababa de matar brutalmente a un agente más fuerte que un Caballero Maestro estuviera frente a él.

Que este hombre bestia tenía alguna conexión con el conde Palatio.



No podía comprender la profundidad del abismo del conde Palatio.

Solo podía deducir una cosa al escuchar sobre la relación entre el hombre bestia y el conde Palatio.

«... ¿Babayaga?».

El hombre bestia que tenía delante no era otro que uno de los Babayaga de Colony, el Rayo Dorado.

«Oh, ¿cómo lo adivinaste?».

Ante la reacción del hombre bestia, el marqués Filboid se quedó con la boca abierta.

«Por qué estaba aquí un Babayaga, que se suponía que estaba en Colonia?

Era incomprendible para él.

«Sin embargo, sin preocuparse, el hombre bestia dijo con indiferencia: «¿Qué quieres decir con por qué? Es lo más natural».

Ella respondió como si fuera lo más obvio del mundo.

«No podía dejar impunes a quienes intentaban hacer daño a mi maestro, ¿verdad?».



Los ojos dorados del hombre bestia brillaban intensamente.

Pero estaban llenos de una profunda e intensa intención asesina como nunca antes, y podía sentir lo que vendría a continuación.

¡Pum!

Tras el sonido de algo estallando, el marqués no tuvo más pensamientos.

Y entonces.

«Esto no va a funcionar. No, no va a funcionar».

El hombre bestia, que había volado la cabeza del marqués, tenía una expresión inquietantemente fría y dijo:

«Nadie, absolutamente nadie, puede tocar a mi amo».

Con eso, el hombre bestia desapareció.

El baile real, que había durado una semana, había llegado a su fin.

Crytenia Siyan no había aparecido después del tercer día, y el conde Palatio aún no había recibido la ceremonia formal de sucesión de la reina, pero ahora se le llamaba marqués de Palatio en todo menos en el nombre.



«¿Cuáles podrían ser las verdaderas intenciones de Siyan?».

Durante aproximadamente una semana, Alon había logrado soportar el bombardeo de preguntas sobre «¿qué va a pasar ahora?» del conde Zenonia y el duque Altia, ganando tiempo.

Había intentado pensar en la razón por la que ella le había concedido un título, pero seguía sin comprender sus intenciones.

En realidad, le hubiera gustado preguntárselo directamente, pero eso no era posible desde el principio.

Así que, aunque estaba contento por haber sido ascendido al rango de marqués, seguía teniendo una molesta sensación de inquietud.

En cualquier caso, tenía que abandonar la capital y empezar a revisar sus planes futuros.

«Hay mucho que hacer... Primero, tengo que volver a visitar las ruinas para encontrarme con «eso», y también tengo que ir a Raxas para activar el anillo... Ya he esbozado la estrategia, así que también tendrá que sentar las bases para los agentes. Ah, quizás debería visitar el Coliseo mientras estoy en Colony».

Recordó que, si conseguía un determinado número de victorias en el evento del Coliseo de Colony, se le concedería una audiencia con la reina y la oportunidad de adquirir una de las reliquias guardadas en el tesoro real.

Con este pensamiento en mente, Alon comenzó a organizar tranquilamente sus ideas.



Un momento después, estableció sus prioridades.

«Empecemos por sentar las bases para los agentes».

Aunque era un poco más urgente encontrarse con «eso» en las ruinas olvidadas, dio la casualidad de que el lugar donde iba a sentar las bases estaba de camino a Colony, así que decidió el orden.

Pasaron unos días y pronto llegó al pequeño territorio de Atla, situado en la frontera entre las llanuras y el desierto, avanzando hacia el este.

Y entonces.

«Conde, o mejor dicho, ¿debería llamarle ahora marqués?».

«Es la décima vez que dices eso. Llámame como prefieras».

«Entonces me quedaré con Conde por ahora. Pero, Conde, ¿estamos en el lugar correcto?».

En respuesta a la pregunta de Evan, Alon echó un vistazo a su alrededor.

El paisaje circundante era bastante curioso.

A un lado había un bosque, pero al otro lado se extendía un desierto que se perdía en el horizonte.

Mientras observaba en silencio el paisaje contrastante, Alon se puso de pie.

«Sí».

«¿Vamos a ir a un laberinto como el que visitamos la última vez?».

Al salir del carroje, Alon respondió a la pregunta de Evan.

«No. Hay un lugar al que tengo que ir un momento. Espera aquí».

«¿No debería acompañarte?».

«No».

Entonces comenzó a adentrarse en el bosque.

¿Cuánto había caminado?

«Ahí está».

La entrada a una cueva oculta por enredaderas apareció en el bosque.

Parecía una cueva natural, sin tocar por manos humanas.

Sin embargo, Alon sabía que la cueva que tenía ante sí no era una simple formación natural, por lo que se sintió un poco tenso.



Y con razón, porque dentro de esa cueva se encontraba el líder de los agentes, con quien tenía que lidiar.

El infame en los inicios de Psychedelia por ser conocido como el «Cortador de Espinas», un jefe tan notorio que hacía que los jugadores maldijeran incluso después de jugar durante un tiempo: Al-Kamae.

Además, según la tradición, era lo suficientemente fuerte como para enfrentarse al menos a cinco agentes del nivel de los Caballeros Maestros.

Dada su fuerza, comparable a la de los jefes que se encuentran a mitad del juego, Alon dejó escapar un pequeño suspiro y luego...

Se decidió.

«Sigamos con el plan».

Con esa idea en mente, carraspeó y dijo:

«Por el primer pacto, cumple una promesa».

Un momento después.

«?»

«...?»

No pasó nada.



«¿Qué está pasando...?»

Con expresión desconcertada, Alon volvió a hablar para llamar al líder de los agentes que se escondían dentro de la cueva.

«Por el primer pacto, cumple una promesa».

Pero seguía sin haber respuesta.

«Qué raro...».

Tras varios intentos, Alon, desconcertado por la ausencia de la respuesta esperada, finalmente comenzó a caminar hacia el interior de la cueva.

A medida que se adentraba en la oscura cueva,

al poco tiempo, una enorme mansión, construida dentro de la cueva, apareció a la vista.

La mansión era enorme, comparable incluso a la finca del conde Palatio, donde residía Alon.

Era tan majestuosa y grande que llenaba la vasta caverna, lo que daba testimonio de la dignidad del líder de los agentes que residía allí.

Aunque Alon había visitado varias veces el lugar para matar al líder y robar sus reliquias, verlo en persona, en lugar de a través de las ilustraciones del juego, era una experiencia completamente diferente.

Esa sensación no duró mucho.

Pronto notó algo extraño.

«¿Está todo destruido?».

Al principio, no era evidente desde la distancia, pero cuanto más se acercaba, más se daba cuenta de que la mansión, que debería haber estado intacta, estaba completamente destrozada.

Cuando finalmente entró en la mansión,

«...?»

Alon se quedó desconcertado al contemplar la mansión medio destruida de Al-Kamae, el líder de los agentes.

Al-Kamae había vivido durante 300 años y, durante ese tiempo, había matado a innumerables personas.

Había decapitado a más de doce maestros espadachines.

Había exterminado a todo un reino, incluyendo a su rey y a la familia real.



También había matado al Maestro de la Torre Púrpura, el dueño de la Torre de los Magos.

Además de eso, había masacrado él solo a miles de caballeros.

Hace 150 años, libró una guerra en solitario contra un territorio y lo borró de los anales de la historia.

Su fuerza era innegable, reconocida por todos.

Era tan poderoso que todos los agentes con habilidades superiores a las de los Maestros Caballeros le temían y le reverenciaban.

Por eso se sentía molesto.

No sabía por qué medios, pero una chica presuntuosa había venido a matarlo.

Molesto por la aparición de este molesto mosquito, él, que se había estado escondiendo por una causa mayor, pensó en jugar un poco con ella antes de matarla.

Sin duda, sin duda así sería.

Debería haber sido así...

¡Ejem!

Al-Kamae tosió y escupió sangre, mirando al ser que tenía delante con ojos temblorosos.



Frente a él había una joven.

Vestida con una túnica ceremonial negra bordada en rojo, sostenía en una mano un bastón que emitía un resplandor rojo escalofriante y misterioso.

Al principio, su apariencia no representaba ninguna amenaza.

Pero, aun así, Al-Kamae se sintió invadido por un miedo inconfundible al mirarla.

No era solo miedo.

Era terror, desesperación e inutilidad.

Todas estas emociones se arremolinaban y lo atrapaban.

Por ella.

Por ella.

Por ella.

Por lo que hay detrás de ella.

«¿Qué es eso...?».



—debido a las docenas de zarcillos que emergían del espacio negro detrás de ella—.

Se dio cuenta de que su percepción estaba atrapada en un bucle sin fin.

Aunque se dio cuenta de ello, sus pensamientos no podían procesarlo.

Los mismos pensamientos seguían dando vueltas en su mente.

Terror.

Desesperación.

Futilidad.

Miedo.

La horrible mezcla de emociones sumía constantemente a Al-Kamae en un pozo de agonía infernal.

Y entonces.

«¿Por qué... por qué me está pasando esto a mí?».

En medio de este terrible miedo, Al-Kamae, con los ojos inyectados en sangre, apenas logró pronunciar esas palabras.

La chica que lo había estado mirando fijamente, no, Yutia, habló.

«Porque intentaste hacerle daño».

Con unos escalofriantes ojos rojos, pronunció su sentencia al hombre que había escupido sangre innumerables veces.

En ese momento,

«.....»

Los tentáculos negros agarraron a Al-Kamae y comenzaron a arrastrarlo hacia la grieta negra.

Todo sucedió en un instante.

Desesperadamente, Al-Kamae intentó resistirse, obligándose a ponerse de pie y blandir su espada.

Pero incluso la espada que había matado a maestros espadachines era totalmente impotente frente a la joven.

«¡N-nooo~!».

¡Crujido!

Y con un sonido espantoso, desapareció sin dejar ni siquiera un cadáver.

Una semana.



Ese fue el tiempo que tardó en desaparecer por completo la organización conocida como «Agentes», que había operado en la sombra durante 50 años.

Y entonces.

«Normalmente, te habría hecho sufrir más antes de matarte, pero ahora tengo cosas que hacer, así que no he podido evitarlo».

murmuró Yutia mientras miraba hacia el lugar donde Al-Kamae había desaparecido.

«Dale las gracias a Seolrang por eso».

Ella miró más allá del bosque, hacia el desierto, concretamente hacia la ubicación de la ciudad desértica, Colony.

«Tengo prisa, así que tuve que matarte rápidamente».

Ella se dio la vuelta.

En su mano tenía una carta enviada por Alon.

Una carta en la que mencionaba que probablemente volvería a visitar la ciudad del desierto.

«Por fin...».

Una pequeña sonrisa se dibujó en sus labios.